

Las relaciones de Bohemia con la Monarquía Católica y el Imperio (Siglos XVI-XVII)

Josef Forbelský

Me corresponde tratar sobre las relaciones que en los siglos XVI-XVII existían entre la Monarquía Católica y el reino centroeuropeo de Bohemia, el reino que incluía las provincias adyacentes de Moravia, Lusacia y Silesia y que desde la Edad Media se hallaba integrado en el Sacro Imperio Romano. En general estas relaciones —que en Bohemia dejaron huellas duraderas— pueden dividirse en tres etapas: la primera de acercamiento en los tiempos de Carlos V, una segunda de cierto desarrollo bajo el gobierno de Felipe II y finalmente otra posterior coincidiendo con el estallido y transcurso de la guerra europea por la hegemonía continental en el siglo XVII.

Los criterios exclusivamente nacionales, confesionales, étnicos, o puramente ideológico-sociales que en el pasado se aplicaban a estas cuestiones estrechaban la perspectiva y reducían la posibilidad de entender el fenómeno de la Monarquía de los Austria en su pleno alcance, impedían captar en profundidad su sentido orgánico, que se desarrollaba con expansiones extraeuropeas, que iban hasta más allá de los océanos y abarcaban a América, África y Asia.

Es cierto que tales expansiones habían sido registradas también por los comentaristas bohemios del siglo XVII, que pertenecían al campo contrario a los Austria. Juan Amos Comenio (1592-1670), obispo de la Comunidad de Hermanos y eminente representante de la Reforma, que tuvo que emigrar a Polonia, pasó temporadas en Inglaterra y Suecia y murió en Holanda, alude en su obra *Truchlivý* (El acongojado) a los escritos de Bartolomé de Las Casas y a la transatlántica actividad hispana, con el fin de acentuar sus aspectos negativos ¹.

¹ J. A. KOMENSKÝ: *Truchlivý*, I, II, Praha 1998, p. 90.

Esta crítica preferentemente cumplía con una función emblemática. Se puede constatar que el tema de la España bajo los Austria, si bien había sido en su época uno de los elementos clave de la formación de Europa, ha estado falto hasta la modernidad de una equilibrada reflexión. A lo cual han contribuido las posteriores expansiones imperiales realizadas desde el terreno europeo (de Francia, Gran Bretaña, Rusia, Alemania) y las ideologías que las acompañaban y que a veces utilizaban el caso de la España de los Austria como paradigma de una actuación radicalmente negativa, que contrastaba con la propia “ejemplaridad”.

En cuanto al reino de Bohemia, éste entró en la órbita de los Austria cuando Fernando (1503-1564), hermano de Carlos V y nacido en Alcalá de Henares, fue destinado a gobernar los archiducados de la Baja Austria y elegido en 1526 al trono bohemio. Entonces el país, anteriormente desgarrado por las guerras de la reforma husita (1420-1434) y sensibilizado en cuestiones confesionales y éticas (las ideas de Juan Hus reviven por el impulso de Martín Lutero), se abre también al humanismo románico. La cultura en lengua checa, la mayoritaria del reino, que se manifestaba fundamentalmente en la teología, la creación literaria y la historiografía, directa o indirectamente recibió influencias más cosmopolitas. El humanista Daniel Adam de Veleslavín (1546-1599) publicó en Praga los escritos (*Diálogos*) de Juan Luis Vives, que irían a servir de lectura a los partidarios de la Reforma (v. gr. al citado Comenio). En el séquito que desde Viena acompañaba al rey electo en su viaje para la coronación praguense (5 de febrero de 1527) con máxima probabilidad tomó parte Cristóbal de Castillejo (1494-1550), secretario del rey desde 1525, poeta que “superaba la rancia tradición de los debates medievales, aproximándolos a los nuevos temas y modos del coloquio renacentista”. En el poema escrito en forma de décimas y titulado “*Respuesta del autor a un caballero que le preguntó qué era la causa de hallarse tan bien en Viena*”, Castillejo aludía al carácter centroeuropeo de la vida social que se concentraba en la metrópoli imperial, diciendo:

Nunca falta compañía,
que allí acude a la contina
de Bohemia y su valía,
y de Selesia y Hungría,
e Italia, qu'está vecina ².

² C. de CASTILLEJO: *Obras*, Madrid 1927, II, pp. 332-336.

Otro extenso poema de más de cinco mil versos titulado “*De la vida de Corte*” (se entiende la corte vienesa) está dedicado a un tal doctor Carnicer de Madrid y fechado el 4 de septiembre de 1547 en Praga.

No obstante, parece que la nobleza bohemia que hizo la elección de Fernando, por una parte comprendía la potencia financiera de los banqueros extranjeros, en primer lugar de los Fugger de Augsburgo, que sufragaban los planes de los Habsburgo, pero no fue capaz de calcular que, pasado un siglo, su reino se encontrase absorbido en tal medida por el expansivo imperio hispano y que los viejos fueros feudales del país llegarían a peligrar por la presión de su absolutismo.

Los lazos entre el Sacro Imperio y la Monarquía Católica se hicieron más sólidos cuando el hijo de Fernando I, el archiduque Maximiliano, futuro emperador, contrajo matrimonio (1547) en Valladolid con María, hermana de Felipe II. Con la corte de María entraron en el ambiente centroeuropeo variados factores hispanos: el culto, el idioma, la moda, las costumbres. Pasaba en aquellos años por Viena y por Praga Alonso de Ercilla y Zuñiga (1533-1594), autor de *La Araucana*, dado que su madre servía a la emperatriz María. El viaje de vuelta de la emperatriz desde Praga a Madrid, realizado en 1581, quedó eternizado por el pincel de Jans van der Beken, pintor neerlandés; el lienzo se conserva en el Monasterio de las Descalzas Reales.

Cinco hijos de Maximiliano recibieron una educación hispana, en la corte de sus parientes. Rodolfo, posteriormente emperador, eligió Praga como su sede, y otro de ellos, Ernesto, asumió el gobierno de Flandes. Los jóvenes pasaron en España siete años y volvieron por el puerto de Génova en compañía de Juan de Austria. En 1560 viajó a Castilla la Vieja, esta vez por la ruta del norte, el segundo grupo de infantes: Ana, Alberto y Wenceslao. El último lleva un nombre eslavico, y es cosa extraordinaria en la Casa de los Habsburgo, pues es el nombre del santo nacional de Bohemia. A los diecisiete años se extinguió su vida. Wenceslaus, *archidux Austriae*, está sepultado en la cripta del Escorial, al lado de la reina María, esposa de Felipe II, y de don Carlos, su primo. “*Torrentem pertransiuit anima mea, forsitan pertransiisset anima mea aquam intolerabilem*”, dice el texto del sarcófago.

La penetración hispana se realizaba a nivel dinástico, aristocrático (se contraían matrimonios mixtos entre la nobleza de ambas monarquías, como los Pernestán, Dietrichstein, o Lobkovicz con los Manrique de Lara y Cardona³)

³ P. MAREK: “La red clientelar en Praga”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a A. VISCEGLIA (eds.): *La monarquía de Felipe III: Los reinos*, Madrid 2008, IV, cap. IX.4.

y cultural-eclesiástico. En un ambiente donde la Reforma difundía aspectos y elementos provenientes del norte europeo combinándolos con otros, propiamente eslavos, la penetración hispana introducía o restituía allí la herencia de la cultura mediterránea, originariamente latina, románica en general.

Este proceso –que transcurría ya a partir de la primera mitad del siglo XVI– tenía dos caras. Para simbolizarlas, mencionemos la presencia física de Garcilaso de la Vega, poeta cultivador de nuevas tendencias italianizantes, en Centroeuropa, en Viena, y su canto en la ribera del “Danubio, río divino”, “do siempre primavera/ parece en la verdura/ sembrada de las flores”.

La otra cara del mismo hecho se dejaba ver en el asedio de la capital austriaca por Solimán I y en la situación militar en que se encontraba en 1532 aquel rincón del continente. En la segunda Égloga el poeta dice:

las armas y el vestido a su costumbre,
era la muchedumbre tan extraña,
que apenas la campaña la abrazaba,
ni a dar pasto bastaba, ni agua el río.
César con celo pío y con valiente
ánimo aquella gente despreciaba
la suya convocaba, y en un punto
vieras un campo junto de naciones
diversas y razones, mas de un celo ⁴.

Entre estas naciones diversas de defensores se contaban los caballeros y soldados españoles, y Garcilaso con ellos.

La Baja Austria, gobernada por un hombre oriundo de Alcalá de Henares, funcionaba como zona fronteriza frente a las invasiones del mundo islámico que en los Balcanes estaba representado por el Imperio otomano. En cierto sentido, la situación en la Baja Austria era comparable con la historia que tuvo su sangrienta solución bajo los Reyes Católicos, abuelos y educadores de Fernando. Entre ambos sucesos, la conquista de Granada y el asedio de Viena, sólo mediaba la distancia de dos generaciones.

Se puede deducir que el *carácter fronterizo* que dentro del continente europeo cobraban ambas zonas peninsulares, la Ibérica y la Balcánica, había contribuido con su delimitación cultural y religiosa al rigor que empezaba a reinar allí

⁴ GARCILASO DE LA VEGA: *Obras completas*, Barcelona 1983, Canción III, 28-30, Égloga II, p. 112.

en estas materias y que había intensificado la intransigencia que —en combinación con el principio dinástico— empezaba a perfilar la identidad de las dos Monarquías. De la una que con sus estados cimentaba el Sureste de Europa, y de la otra que con sus reinos había cimentado su Suroeste.

Mientras que el gobierno centroeuropeo de la casa de los Austria concordaba con la antigua idea del Sacro Imperio y conservaba este núcleo continental, y pese a que la rama ibérica por el proceso hereditario quedaba anclada también en los Países Bajos y en Italia, lo cierto es que tanto por la posición mediterránea y atlántica de España, como por las expansiones oceánicas realizadas bajo los Felipes, crecía su dominio marítimo y se evidenciaba más y más su *dimensión global*. Se constituía “el Mundo Hispanocéntrico”. Entre los Países Bajos e Italia corría la línea estratégica de estas Monarquías y por ellos también se comunicaban sus administraciones.

Incluso los que en Bohemia y Moravia no pertenecían a la nobleza hispanófila reconocían ahora la influencia de esta construcción bi-monárquica. Karel Starší ze Žerotína (Carlos el Mayor de Zerotin, 1564-1636), importante y culto miembro de los Estamentos pro-reformatorios y además asiduo protector de la Comunidad de Hermanos Moravos, dice en su correspondencia, escrita en italiano (a Vilém Slavata, 15 de abril de 1598):

*All'incontro gli Italiani et Spagnuoli, per la gran prattica che hanno questi paesi et principalmente in corte et per medesima cosa con noi, et perciò ciascuno di noi haverebbe a procurare di rendersi quelle lingue et quelle nationi le più familiari che fosse possibile, per la necessita' che ne teniamo et per l'uso che habbiamo*⁵.

Pero este poder y esta cultura atraían ante todo a aquel sector de la joven nobleza bohemia, que en la materia confesional se identificaba con la versión romana de la Iglesia y que pensaba integrar sus proyectos económicos (minería, industria cervecera, piscicultura) más efectivamente en el esquema del absolutismo imperial. El sector mayoritario era representado por la nobleza y los ciudadanos protestantes que en su fe y para sus actividades económicas buscaban inspiración e impulsos en el norte europeo.

La disgregación confesional y social que existía en el reino de Bohemia y en general en el Sacro Imperio tenía su analogía en la disgregación dentro de la Monarquía hispana, si bien aquí procedía más bien de la variedad de los reinos y de la peculiaridad de sus intereses. En el momento que aumentaban las presiones

⁵ B. CHUDOBA: *Španělé na Bílé hoře*, Praha 1945, p. 168.

procedentes de la estructura social interior o de las ambiciones hegemónicas del mundo exterior, estas disgregaciones se convertían en material explosivo.

El papel decisivo en la difícil tarea de conservar los lazos forjados por la dinastía y sus matrimonios correspondía a la diplomacia. De parte del emperador actuaban en Madrid, por ejemplo, Adam de Dietrichstein (1527-1590), asentado con sus bienes en el margraviato de Moravia, que en el tiempo de su misión diplomática fue testigo de la triste historia de don Carlos. Más tarde Franz Christoph Khevenhüller von Eichelberg (1588-1650) representó los intereses imperiales en los críticos años de la guerra que fue envolviendo todo el Imperio.

La Monarquía hispana había mandado a la Corte imperial varias personas expertas y con muchos méritos, como fue Guillén de San Clemente, que había tomado parte en la lucha de las Alpujarras. Su misión cubrió un período de 27 años (hasta el año 1608). Durante ellos, el Imperio otomano tenía conquistada la mayor parte del reino de Hungría; en mayo de 1602, el embajador escribió al rey Felipe III que el sultán Murat III se preparaba a entrar en Austria, con lo que amenazaría a Italia y el interior del Imperio ⁶. El último bastión que protegía los países de Europa central, y también el reino de Bohemia, era Viena. En 1605, San Clemente comunicó con satisfacción que dos regimientos a sueldo de España ayudaron a salvar Posonia, hoy día Bratislava (capital de Eslovaquia, joven estado que en el siglo XX era parte de Checoslovaquia).

A San Clemente lo sustituyó (de 1608 a 1617) don Baltasar de Zúñiga, hombre con experiencia diplomática adquirida en Bruselas y en París, posteriormente miembro del Consejo de Estado y constructor de la política internacional de la Monarquía. Su correspondencia enviada desde Praga a España documenta la asidua pretensión de contribuir *ad maximum* a la unidad del Imperio bajo la soberanía de la casa hermana, y también a la unidad confesional. La nobleza del reino de Bohemia blandía dos estandartes confesionales y bajo ambas se reunían categorías específicas: bajo la católica la tendencia prohispana y la proromana; el campo protestante agrupaba, aparte de la antigua comunidad utraquista y la minoritaria Unidad de los Hermanos, a los luteranos y a los calvinistas. En el marco de ambos grupos bohemios vivían familias de distinto origen étnico, checas y alemanas.

La estabilidad centroeuropea y del Imperio, sacudido por el conflicto dinástico entre Matías, gobernador de Hungría, y su hermano Rodolfo II, emperador,

⁶ *Correspondencia inédita de Don Guillén de San Clemente*, ed. del marqués de Ayerbe, Zaragoza 1892, pp. 253-254.

que terminó con la destitución de Rodolfo –y que en silencio fue aprobada por Madrid–, era tanto más deseable en el Madrid de Felipe III y del duque de Lerma, ya que el péndulo del contubernio dinástico claramente se inclinaba hacia el lado hispanocéntrico, a pesar de que esta tendencia en Viena la obstaculizaba el cardenal Khlesl, defensor de la razón del estado austriaco, imperial. España deseaba tener una Centroeuropa estable, y en caso de haber conflictos, entonces resolverlos lo más rápida y definitivamente.

Desde febrero 1617 hasta 1624 residió en la Corte imperial el embajador don Iñigo Vélez de Guevara y Tassis, conde de Oñate. Su consigna pregonaba que “en la prontitud consiste el éxito”. Inmediatamente tomó parte en la cuestión de la sucesión, ya que se daba la posibilidad de que después de la muerte del emperador Matías la corona de Bohemia y la imperial pudieran corresponder a su rey Felipe III (como hereditaria de parte de su madre Ana podía pretenderla con más derecho que Fernando, hijo del hermano del emperador, pero que al fin acabó ganándola).

En su mensaje mandado a la corte, Oñate posteriormente destacaba la protección y ayuda que el recién elegido rey Fernando de Estiria había obtenido de parte de España ⁷. El 18 de mayo de 1618 Fernando consiguió también la corona de Hungría, y el conde Oñate en ambos hechos veía un buen augurio para el futuro del Imperio.

Fernando II (1578-1637) evidentemente demostraba una querencia prohispana, pues España también le ayudó, siendo él archiduque, a hacer la guerra en el Friuli (1615), punto sensible por la vecindad del poder veneciano y el osmaní. Sufragó en esa ocasión una tropa de infantería y un regimiento de caballería (500 soldados), al mando de Baltasar Marradas (1560-1638). Este caballero de Malta, nacido en Valencia, dio muestras de valentía en la conquista de fortalezas venecianas. Otro militar en el mismo frente era Alberto Wallenstein, subordinado a Marradas, dinámico jefe de corazas y mosqueteros, militar de pensamiento estratégico.

La paz en el Friuli quedó concertada en noviembre del mismo año de la elección de Fernando al trono de Bohemia (7 de junio de 1617). Entre las condiciones presentadas por los venecianos se pedía la retirada de las tropas pagadas por el Rey español. Petición fatal para Bohemia. Estas mismas, pasando por Suiza, ayudaron a sofocar la rebelión de los Estamentos bohemios, desencadenada con la famosa defenestración de Praga en mayo de 1618.

⁷ Marqués de SALTILLO: *La embajada en Alemania del conde de Oñate y la elección de Fernando II*, Madrid 1929, p. 22.

El enérgico y astuto embajador Oñate inmediatamente calificó el suceso en Praga como un gran peligro para la casa de los Austrias, que amenazaba con “introducir en Alemania (en el Imperio) una larga y costosa guerra”, según decía textualmente su urgente correspondencia mandada a Felipe III. Pensaba evitarla con una rápida ayuda financiera y militar de su Rey. Insistía en que no se trataba de un conflicto confesional, de religión, sino de legitimidad, el cual también podría llegar a destruir la costura estratégica que unía el Sacro Imperio con la Monarquía Católica ⁸.

La rebelión praguense desembocó en la destitución del rey Habsburgo Fernando y su sustitución por el palatino Federico V (el 26 de agosto de 1619), en base al principio de la electividad, con el intento de los Estamentos de constituir la unión federativa, con preferencia por la confesión luterana.

Aparte de la cuestión de la legitimidad y la poca simpatía que mostraban algunos monarcas extranjeros (de Polonia, de Francia, incluso de Inglaterra), otro punto flojo de la rebelión o revolución de los Estamentos en Bohemia fue la estrategia militar. Con un espontáneo fervor se lanzaron, bajo la jefatura de Heinrich Mathias Thurn, iniciador de la famosa defenestración, contra Viena (1619), mientras que el ejército imperial, encabezado por el experto general Buquoy y el de la Liga católica, encabezado por el duque bávaro Maxmiliano y su general en jefe Tilly, con cálculo puramente estratégico trataban de separarlos de otros núcleos rebeldes en Austria, Moravia y Silesia.

El choque decisivo tuvo lugar en las cercanías de Praga, en la colina y planicie llamada por su composición geológica la Montaña Blanca. El pequeño ejército al mando del español Baltasar Marradas paralizó la sublevación de las ciudades en la zona del sur, entre Baviera y Bohemia, y facilitaba el paso a los de la Liga y los imperiales hacia el norte, en persecución del ejército real de Federico V. Pudo prevenir la derrota en la Montaña Blanca el aliado de Federico, el general Peter Ernest Mansfeld, atacando a los imperiales por la espalda. En el oeste de Bohemia tenía asediada la importante ciudad de Pilsen. Pero Mansfeld, que hacía la guerra a costa del duque de Saboya Carlos Manuel, desoyó las peticiones del rey Federico y en vez de cooperar, gestionó con Marradas su capitulación.

En el siglo XIX, en el marco del resurgimiento nacional checo, la batalla de la Montaña Blanca cobró fama de un símbolo trágico. Si cambiamos sus signos ideológicos, es comparable con la derrota de los irlandeses en Kinsale en 1602.

⁸ BNE, Mss. 18.435: "Movimientos de Bohemia".

Pero allí los españoles militaban al lado de los insurgentes. En la Montaña Blanca actuaban bajo el mando de jefes de tropas imperiales, como lo fue por ejemplo el atrevido Felipe de Arreyzaga. Es decir, al lado de los que aplastaban a los insurrectos.

El conflicto, originariamente de carácter intestino que afectaba la estructura social, político-dinástica y confesional del Sacro Imperio, sucesivamente iba convirtiéndose en un enfrentamiento de las emergentes potencias europeas por la hegemonía continental.

La propia guerra de Bohemia, que se presentaba como el primer período de este conflicto, se prolongó dos años con el asedio de las últimas fortalezas en el sur del reino, a pesar de que para Madrid la cuestión centroeuropea se consideraba como resuelta con la victoria en la Montaña Blanca. A título de cierto simbolismo interesaba a los cronistas españoles el asedio de la ciudad y fortaleza en el sur de Bohemia que lleva el nombre bíblico de Tábor, porque fue fundada por los husitas y porque su conquista fue encomendada al mencionado general español Marradas.

El mismo había sido nombrado por Fernando II gobernador general de Bohemia en los años posteriores a la derrota de los Estamentos, cuando se restituyó el poder imperial que ante todo en Bohemia decretó penas capitales y expropiación parcial o total de bienes a los insurgentes, así como la instalación del monoconfesionalismo. Para los leales vino el momento de recompensas, y en el reino se incrementó el poder de la nobleza de origen extranjero (entre los hispanos nombremos a Marradas, Verdugo o Huerta). También de Bohemia: Wallenstein fundó su pequeño imperio en el norte de la provincia.

Viena había sustituido a la rebelde Praga como sede imperial y en 1627 el reino de Bohemia obtuvo una renovada Constitución que reducía el poder de los estamentos y declaraba la corona de san Wenceslao como hereditaria. En el mismo año se celebró en Praga la coronación del hijo del emperador, Fernando III. El reino y sus provincias se reintegraban más firmemente en la estructura imperial. El año siguiente (en enero de 1628) se concertaban allí los planes para los Países Bajos y el mar del Norte. Wallenstein representaba al Imperio, el embajador Aytona a Madrid, el conde Sforza y el almirante Fermín Lodosa, veterano de la flota de Dunquerque, a Bruselas (a la Infanta Isabel).

La política española del conde-duque de Olivares ponía cierta esperanza en la figura de Wallenstein, que había conquistado el norte de Alemania. Con aprobación del monarca español, el conde-duque animaba la política de Viena de

emprender proyectos en los mares del Norte, con el fin colateral de ayudar a reducir la expansión de los holandeses. Pero la falta de cooperación de Wallenstein con las intenciones de los Austria, que más tarde se hizo evidente –sea en no ayudar a los españoles durante sus campañas del Rin, sea en el rechazo de reconquistar Ratisbona, ocupado por la invasión sueca– culminó con su liquidación en Egra en 1634. El sujeto que colaboró en esta operación fue el español Baltasar de Marradas, maestre de campo menospreciado por Wallenstein (y por los historiadores que repiten sus palabras) ⁹, sin embargo hombre de absoluta lealtad con la corona del Imperio y de los Felipes.

Muerto Wallenstein, los imperiales y los españoles, con el Cardenal Infante a la cabeza, alcanzaron la victoria en Nördlingen (6 de septiembre de 1634). La paz firmada en Praga en 1635 entre el emperador y el palatinato de Sajonia, paz abierta a otros príncipes enemistados, debía coronar esta victoria, pero no logró silenciar las armas. Las devastadoras invasiones suecas dirigidas al centro del Imperio continuaron bajo los generales Banér y Torstenson. Al lado de los estudiantes de la Universidad Carolo-Ferdinanda que en 1648 defendieron la ciudad de Praga figuraba Rodrigo de Arriaga (1592-1667), filósofo escolástico, discípulo de Suárez, que vino desde Logroño a la Europa central en los tiempos en que se restituía el orden y el poder imperial.

La victoria en Nördlingen, celebrada en el drama *El primer blasón de Austria* por Pedro Calderón de la Barca ¹⁰ y en la poesía por los versos de Gabriel Bocángel ¹¹, fue la última empresa del imperialismo hispano en el centro de Europa. En 1635 Francia entró plenamente en el escenario europeo y se convirtió en árbitro del interminable conflicto que culminaría con la paz de Münster y Osnabrück.

Considerando el modo en que transcurrió el conflicto que acabó inaugurando el sistema europeo de Westfalia, vemos que el Imperio, en tanto que núcleo histórico, era cuestionado por las potencias que podemos llamar geográficamente periféricas. Dentro de tal proceso paralelamente se fomentaba la disidencia de las minorías o mayorías que por motivos económicos, sociales o confesionales no se identificaban con la política de los Austria. El historiador francés Victor Lucien Tapié entendía el problema de la guerra de Bohemia como conflicto entre

⁹ G. MANN: *Wallenstein*, Frankfurt a.M. 1971, p. 961.

¹⁰ P. CALDERÓN DE LA BARCA: *Autos sacramentales*, I, Madrid 1946, pp. 540-565.

¹¹ G. BOCÁNGEL Y UNZUETA: *Obras*, Madrid 1946, I, pp. 247-257.

las fuerzas particularistas del tardío feudalismo y la tendencia hacia el absolutismo monárquico ¹². Ernest Denis, de la misma nación, entendía la guerra como la pérdida de las libertades de los bohemios (checos) bajo los Austria y veía en Francia la potencia libertadora ¹³.

De todos modos, el arreglo de Westfalia marcaba el paso de la idea de un imperio unitario cristiano, personificado en los planes de Carlos V, a un sistema de estados más diferenciados, al particularismo nacional y territorial, con el acento puesto en la razón de Estado. En lo social, este avance hacia la modernidad significaba la sustitución del imperio basado en la primacía del poder directamente ejercido por el sujeto humano sobre otro sujeto por una primacía distinta. En ésta, “el dominio sería ejercido cada vez más mediante las cosas”, los productos. Con tales cambios, Europa emprendía su marcha hacia una sociedad civil ¹⁴.

El posterior siglo XVIII había reservado para la España bajo el gobierno de los Austria un sitio “entre la edad teológica y la Ilustración”. Las huellas imperiales que sus monarcas imprimieron al reino centroeuropeo de Bohemia habían quedado sublimadas primordialmente en la esfera de la cultura espiritual y en el arte. No obstante, la población de la Península en la época que tratamos, paralelamente había logrado realizar por primera vez en el mundo proyectos de los que el más sólido ciertamente fue el puente construido entre Europa y América (entre la Península Ibérica y la América Latina). De análoga importancia fue el hecho de que los españoles abrieron la ventana hacia los territorios asiáticos.

Estos hechos, de carácter colectivo, habían contribuido a la radical reforma de la imagen del mundo y se hicieron pre-constitutivos para la moderna civilización europea y para el posterior orden mundial. Hay que añadirlos a los conceptos que en siguientes siglos acentuaron en Europa con prioridad y a veces exclusivamente la situación del hombre-individuo y de su potencial de libertad.

¹² V. L. TAPIÉ: *Bílá hora a francouzská politika*, Praha 1936.

¹³ E. DENIS: *Konec samostatnosti české*, Praha 1909.

¹⁴ P. BARSA y O. CÍŠAR: *Anarchie a řád ve světové politice*, Praha 2008, p. 260. Los autores citan la tesis de J. ROSENBERG: *The Empire of Civil Society*.